

SERGIO FEDEROVISKY

EL MEDIO AMBIENTE NO LE IMPORTA A NADIE

*Bestialidades ecológicas de la Argentina:
del Riachuelo a las papeleras*

Prólogo de Daniel Alberto Sabsay

*Juan Ignacio González Nazzioth
2007.*

 Planeta

Antes que nada

Desde hace muchos años, más de veinte, me horada el cerebro una incógnita inquietante: ¿cómo es posible que todo el mundo diga que hay que cuidar el medio ambiente, que hay que proteger la naturaleza, que hay que hacer un uso sano y prudente de los recursos naturales, y simultáneamente todos los indicadores empeoren de modo sistemático? ¿Es apenas la hipocresía del poder la que separa cada vez más el camino del discurso de la realidad de los hechos? ¿Alcanza como explicación para semejante barbarie la maniquea visión del mundo que adjudica maldad a quienes ejercen el poder? ¿Puede que existan elementos más estructurales, más determinantes que expliquen una imposibilidad concreta para resolver problemas que todos alegan que desean resolver? ¿Es esta degradación algo inefable?

En 1992, los más cráneos y los más poderosos del planeta se juntaron en Río de Janeiro en la Cumbre de la Tierra y presentaron un enorme libraco llamado *Nuestro futuro común*. Allí firmaron un compromiso titulado *Agenda XXI*, con los objetivos ambientales (y sociales, dado que —decían— la pobreza potencia y se potencia con los problemas ambientales) a concretar en el nuevo milenio, con el desarrollo sustentable como bandera. Quizás, a la luz de los resultados, haya que pensar que no hablaban de este milenio que comenzó hace po-

co más de un lustro sino del siguiente. De lo contrario, si uno se considera parte, aún insignificante, de la humanidad que toma estas decisiones, es penoso y hasta vergonzante el repaso: ninguno de los centenares de tópicos señalados a lo largo de las 459 páginas de aquel tomo se ha cumplido siquiera en lo más mínimo. Todos los problemas ambientales están peor que en el momento en que formalmente "el gobierno mundial" comenzó a ocuparse de ellos. Desde que se firmó el Convenio Mundial sobre Biodiversidad no se ha detenido ni un ápice —y menos aún, revertido— el ritmo imparabile de extinción de especies como resultado de una cada vez más voraz presión económica. Desde que se firmó la Convención Internacional sobre Cambio Climático sólo se pueden mostrar algunos (pocos, escasos) compromisos firmados, pero ningún avance en la realidad; más todavía, a partir de ese momento comenzaron a expresarse los ya indisimulables coletazos del calentamiento global que tuvieron su cenit en Katrina, esa versión ecológica de las Torres Gemelas que golpeó al imperio allí donde se creía invulnerable. Apenas, y es bastante discutible desde la ciencia, los popes del mundo pueden señalar como logro una desaceleración en el ensanche del agujero en la capa de ozono. Sin embargo, sarcásticamente, la explicación hay que buscarla (y se la encuentra), como siempre recomendaba el viejo Carlos Marx, en la economía: al haber hallado la industria de los artefactos refrigerados un sustituto de los gases CFC con buen rendimiento en el mercado, el reemplazo de un producto por otro fue —aunque demasiado gradual— posible, pues no comprometía un negocio. Y ese reemplazo, aún lento, de los gases CFC por otros productos refrigerantes no nocivos para la capa de ozono que cubre la Tierra impidió que se agravara el problema. Por el contrario, en el otro gran tema ambiental, el calentamiento global, la industria petrolera sigue cuestionando las bases científicas del cambio climático (y sobornando políticos, periodistas e incluso investigadores esta-

dounidenses) para evitar su muerte segura o, al menos, para tratar de ganar tiempo hasta hallar un sustituto del petróleo que le garantice seguir manejando el negocio con similares niveles de grosera rentabilidad.

Cada vez se contaminan más ríos, cada vez desaparecen más bosques, cada vez hay menos peces en los océanos y menos plantas y animales en las selvas, y el aire es menos puro. Escuchamos ya atontados, o acostumbrados, o distraídos, que apenas uno o dos grados de incremento de la temperatura de la Tierra bastarían para inundar gran parte de las ciudades donde vivimos. Asistimos al espectáculo de la realidad como si fuera una película de ciencia ficción, aunque en verdad estamos observando un documental que revela que, como suele decirse, la realidad supera a la ficción. Esa especie de documental que vemos día tras día nos relata, por ejemplo, que el derretimiento de la mitad del hielo de Groenlandia alcanzaría para que donde estaban las Torres Gemelas en Nueva York se haga surf sobre olas de tres metros de altura.

Y nada.

La humanidad parece viajar como subida a una Ferrari, a trescientos kilómetros por hora, y sabiendo que en algún punto del camino la espera un paredón.

Pero hay alguien que maneja ese bólido, y no hace nada para frenarlo.

Un estudio reciente de la Organización Mundial de la Salud sostiene que una de cada cuatro enfermedades que se presentan en el mundo se debe a la exposición a riesgos ambientales evitables. Un tercio de las enfermedades de los niños menores de cinco años responde a su contacto con las consecuencias de problemas ambientales evitables. La prevención de los riesgos asociados a esos problemas ambientales permitiría evitar la muerte de cuatro millones de chicos cada año (y como es obvio, principalmente en los países en vías de desarrollo). Cuando se presentó dicho estudio (titulado *Preventing*

Disease Through Healthy Environments — Towards an Estimate of the Environmental Burden of Disease), el más amplio y sistemático que se haya hecho con el propósito de establecer el vínculo entre las enfermedades y los problemas ambientales, un señor llamado Anders Nordström, que trabaja de director general interino de la Organización Mundial de la Salud, tuvo, pese a su vocabulario con abúlicas cadencias nórdicas, un ataque de sinceridad:

Sabíamos que el medio ambiente influye muchísimo en la salud, pero nunca habíamos tenido estimaciones tan precisas como éstas, que nos ayudarán a demostrar que las inversiones racionales destinadas a crear un entorno favorable pueden ser una estrategia eficaz para mejorar la salud y lograr un desarrollo sostenible.

El señor Nordström no deja de ser un burócrata, pero confirma que también esa raza tiene alguna capacidad de asombro (o espeluznamiento) si se la notifica de que el 94 por ciento de las diarreas, el 41 por ciento de las infecciones respiratorias, el 42 por ciento de las neumopatías, la mitad de los casos de malaria y más de un millón y medio de tumores al año, podrían evitarse de existir un ambiente sano.

Desde hace mucho, cuando vuelvo a ver estadísticas de este tipo, se me retuerce la panza de indignación al percibir que en términos reales, concretos y efectivos, a nadie le importa el medio ambiente. Es posible que esa sensación me haya "echado" del tema durante varios años. Los primeros doce, trece años de profesión los hice mezclando el periodismo con mi título de biólogo y alimentando esa indignación. Después creí, equivocadamente, claro está, que la pelota nunca se mancha y quise estar —privilegiando lo profesional— en el mismo sitio en que se tomaban decisiones, creyendo que podía estar a salvo de las salpicaduras. Después el viento me fue llevando

por la profesión de vocero de vuelta a la orilla que ya conocía. Cuando no lo esperaba me volví a encontrar —varios años después— enfrentado a la misma frustración, a la misma indignación, a la misma impotencia. Y volví a comprobar que el medio ambiente no le importa a nadie. O, en todo caso, a nadie que ejerza el poder necesario para modificar algunos hechos. Para ponerlo en un plano geográficamente más mediato: si George W. Bush, presidente del país que emite el 35 por ciento de los gases que provocan el efecto invernadero, elige seguir cuestionando la comprobación científica del cambio climático es porque cualquier execración en este paraíso es posible. No hay un solo artículo en una sola publicación científica de todo el planeta que presente alguna prueba académica capaz de refutar el cambio climático. Insisto: si Bush se puede permitir seguir siendo presidente de los Estados Unidos con este accionar (entre muchos otros, ciertamente) es porque el medio ambiente no le importa a nadie.

Sé que cuando sostengo esa hipótesis parece apenas una provocación. Y sé que se desatan reacciones adversas: de un lado, los que sí se preocupan por el medio ambiente, pero no logran entender que si bien cada granito de arena es valioso, la suma de buenas intenciones no convierte en bondadoso —y mucho menos en eficaz— al conjunto; y del otro lado quienes se ponen afónicos aseverando que dan la vida por la ecología, con el mismo temple con que darían la vida por la niñez abandonada, la numismática o la telepatía, según en qué etapa de la campaña electoral se los encuentre.

Este trabajo intenta sostener la teoría de que el medio ambiente no le importa a nadie, no porque sea un capricho escéptico, ni porque esté buscando que alguien lo rebata. En todo caso, tiene que ver con una mirada agria de las cosas que, lamentablemente, los datos lanzados más arriba corroboran cada mañana. "El mundo nunca supo tanto de sí mismo y de su naturaleza como ahora, pero no le sirve de nada", dice un

personaje de una novela de Arturo Pérez-Reverte, y no es justo calificar pensamientos de ese tipo sólo como reflexiones discepolianas, arrabaleras, depresivas. Creo que es más justo admitir su rotundo realismo.

Comencé esta introducción con ejemplos mundiales. Pero este libro habla de este país, y la Argentina, ambientalmente hablando, nos guste o no, lo aceptemos o no, es un escándalo, un descalabro. Me propuse demostrarlo, no porque pretenda hilvanar un rosario de calamidades, sino porque estimo que si en el mundo el medio ambiente no le importa a nadie, en Argentina, parece que menos.

Las páginas que están inmediatamente después de éstas contienen algunas reflexiones de la historia ambiental de la Argentina. También contienen algunos datos que explican quiénes y por qué tomaron cuáles decisiones respecto de situaciones que condicionaron el estado del ambiente en este país. Y, por último, algún intento de explicación del *estado del Estado*, que en la Argentina, en relación con el ambiente, se encuentra en un estado lamentable.

Luego, hay una serie de ejemplos tomados al azar. En realidad, son historias, todas comprobadas y comprobables, y en todas, de un modo u otro, estuve involucrado profesionalmente. Todas revelan una desaprensión patética, y una desolación y un abandono absolutos. De ninguna manera el listado es exhaustivo, ni pretende serlo. Hay muchos temas que han quedado fuera. Jamás he pretendido confeccionar una enciclopedia de desgracias. Son apenas un puñado de casos unidos por un hilo imposible de esconder: la ausencia. Ausencia de Estado, de políticas, de ocupación más que de preocupación.

Lo notable, que parece comprobarse sin esfuerzo recorriendo estas historias, es que el drama ambiental no es inexorable. Si de verdad importara, si hubiera real voluntad, todos estos desastres serían controlables, mitigables y hasta

evitables, e incluso grandes catástrofes globales y aparentemente inasibles como el cambio climático.

Pero para eso, tengo la sensación, no se trata de entonar un himno esperanzador acerca del irremediable futuro venturoso que nos albergará si ponemos a la naturaleza de nuestro lado. Tampoco es valiente resignarse a la derrota ineludible.

Me suena más eficaz el siguiente mecanismo: primero, tomar esta realidad, estos datos, estas historias. Segundo, aceptarlos, mostrarlos, descular su origen, sus responsables, sus culpables. Y al final, tozudamente, seguir intentando cambiarlos.

Barrio porteño de Núñez,
27 de diciembre de 2006.